

Separándose de sus compañeros, tomó Diego Mendez seis indios de la isla, y partió intrépidamente á costear en su canoa ciento y treinta leguas que Santo Domingo distaba. Despues de navegar ochenta leguas con infinito trabajo, siempre contra las corrientes, y sujeto á la hostilidad de las tribus indias, supo que había partido el gobernador para Jaragua, á cincuenta leguas de allí. Invencible é impávido en medio de los trabajos y las dificultades, abandonó su canoa, y pasando á pie y solo, bosques valles y montañas, llegó á Jaragua, despues de haber dado cima á una de las mas arriesgadas y gloriosas expediciones que jamás hombre alguno ha emprendido.

Ovando le recibió con grande afabilidad, manifestando el mayor interés y simpatía en la desgraciada situación del Almirante. Hizo mil promesas de enviar inmediato socorro; pero dejaba pasar uno y otro día, una y otra semana, y aun uno y otro mes sin llevar á efecto sus promesas. Estaba entonces enteramente ocupado con las guerras indias, y tenía siempre pronta la excusa de que no había bajeles de suficiente capacidad en Santo Domingo. Pero si hubiera sentido el interés que debía por la seguridad de un hombre como Colon, le hubiera sido fácil en ocho meses imaginar algun medio, si no para sacarlo de su situación, para enviarle á lo menos socorros y refuerzos.

El fiel Mendez permaneció siete meses en Jaragua, detenido bajo varios pretextos por Ovando, que no queria permitirle pasar á Santo Domingo; en parte, como se insinúa, porque sospechaba que trajese Mendez alguna agencia secreta del Almirante, y en parte deseando poner impedimentos al logro del pedido auxilio. Al fin, con importunidad diaria obtuvo permiso para ir á Santo Domingo, y esperar el arribo de ciertos bajeles que se estaban aguardando, de los que había determinado comprar uno por cuenta del Almirante. Inmediatamente salió á pie á ejecutar un viaje de setenta leguas, en medio de bosques y montañas infestadas de exasperados indios. Despues de su partida despachó Ovando la carabela que mandaba Escobar para aquella singular y equívoca visita, que, a los ojos de Colon, tenía la apariencia de un mero espionaje en el campo de un enemigo.

#### CAPITULO VI.

##### NEGOCIACIONES DE COLON CON LOS REBELDES.—BATALLA DEL ADELANTADO CON PORRAS Y SUS COMPAÑEROS. (1503.)

CUANDO hubo Colon tranquilizado á sus gentes afectadas por la breve visita y partida repentina del bajel de Escobar, quiso aprovecharse de aquel suceso respecto á los rebeldes. Sabia que estaban desanimados, que muchos deseaban entrar de nuevo en la senda del deber, y que los mas perversos viendo como había burlado todas sus intrigas entre los indios para producir el hambre, empezaron á temer su triunfo, y consiguiente venganza. Creyó, pues, Colon llegada una ocasion favorable para aprovecharse de esos sentimientos, y por medios suaves atraerse á los rebeldes. Envió dos emisarios, dos de los que mas intimidad tenían con los rebeldes, á informarlos de la reciente llegada de un buque con cartas del gobernador de Española, prometiendo sacarlos sin tardanza de la isla. Les ofrecia perdon, buen trato y pasaje con él en los esperados buques, bajo condicion de que inmediatamente se sometiesen. Para convencerlos de la llegada del buque les envió parte del tocino que le dió Escobar.

Al acercarse los emisarios, salió á su encuentro Francisco de Porras, acompañado de alguno de los cabecillas. Adivinando que venian con proposiciones del Almirante, temia que fuesen oídos por su gente, dispués á desertarse á la menor perspectiva de perdon.

Conocidas las proposiciones de los mensajeros. Porras y sus favoritos consultaron juntos por algun tiempo. Pérfidos por naturaleza, dudaron de la sinceridad del Almirante; y convencidos de la extension de sus propios crímenes, no podian creer en la magnanimidad de perdonarlos. Determinaron, pues, no confiar en la ofrecida amnistia. Respondieron á los mensajeros, que no deseaban volver á los buques, prefiriendo vivir libres por la isla. Pero ofrecieron conducirse pacíficamente si les prometia el Almirante que en caso de llegar dos buques á la isla, les daría á ellos uno para el viaje; en caso de llegar uno solo, la mitad se pondría á su servicio; y que ademas partiese con ellos el Almirante las provisiones y artículos de tráfico indio que quedaban en los buques, por haber ellos arrojado al mar todo lo que poseian. Cuando se les dijo que eran tales condiciones inadmisibles, replicaron con altanería, que si no se aceptaban de grado, ellos las imponían á la fuerza; y con esta amenaza despidieron á los emisarios.

No pudo conducirse la conferencia tan secretamente que no penetrasen todos los rebeldes el objeto de la mision; y el ofrecimiento de perdonarlos y sacarlos de la isla que les hacia el Almirante, causó entre ellos las mayores controversias. Porras, temiendo una desercion, se valió de las mas desesperadas falsedades para alucinar á los suyos. Les dijo que eran engañosos los ofrecimientos del Almirante, quien solo deseaba apoderarse de ellos para satisfacer su venganza. Los exhortó á seguir oponiéndose á su tiranía, recordándoles que los que antes lo hicieron en Española, habían al fin triunfado; les aseguró que ellos podrian lograr igual éxito, y se jactó de nuevo de la influencia que en España gozaba por la proteccion de sus parientes. Llenó de supersticion los ánimos con respecto á la carabela de Escobar, lo que manifiesta la ignorancia de aquel siglo, y el pavor supersticioso con que miraba á Colon la gente ordinaria, á causa de sus conocimientos astronómicos. Aseguró Porras no haber llegado barco alguno verdadero, sino una mera fantasma, evocada por el Almirante; en virtud de su ciencia nigromántica. En prueba de lo fundado de sus conjeturas, habló de su legada casi envuelta en las tinieblas de la noche; de la particularidad de haber tenido comunicacion única y exclusivamente con el Almirante, y de su desaparicion repentina. Si hubiese sido una carabela real y palpable, los marineros hubieran querido hablar con sus paisanos; el Almirante, su hijo y su hermano hubieran al punto pasado á bordo; y de todos modos habría permanecido algun tiempo en el puerto, sin desaparecer tan súbita y misteriosamente.

Así pudo Porras abusar de la credulidad de sus gentes, aunque temiendo que cediesen á una reflexion mas detenida, y á los ofrecimientos que podria hacerles el Almirante, determinó envolverlos en algun acto de violencia que disipase toda esperanza de perdon. Marchó á una poblacion india llamada Maíma, donde despues se edificó la ciudad de Sevilla, que distaba un cuarto de legua de los buques. Se dice que era su intencion saquear lo que quedaba á bordo de los bajeles, y hacer prisionero al Almirante.

Colon tuvo conocimiento del designio de los rebeldes. Hallándose en cama, afligido de sus enfermedades, les envió á su hermano para que con palabras suaves les disuadiese de su propósito, atrayéndolos á sus deberes; pero so lo envió con fuerza bastante para resistir cualquier acto violento. El Adelantado, hombre de hechos, llevó consigo cincuenta hombres, muchos de ellos de acreditada resolucion. Iban bien armados y muy animosos, aunque muchos de ellos debilitados por las enfermedades y larga permanencia en los buques. Al llegar á la falda de una colina, á tiro de ballesta de la poblacion, descubrió el Adelantado á los rebeldes y les envió los mismos mensajeros

que previamente les habían llevado la oferta del perdon. Pero Porras y los otros cabecillas no les permitieron acercarse. Confiaban en la superioridad de su número, y en que se componia su hueste de recios marineros, y vigorizados con la vida vaga que llevaban por las selvas. Sabian que muchos de los que acompañaban al Adelantado eran hidalgos, habituados á una vida mas suave. No reflexionaron que el orgullo y elevacion de ánimo suple y aun aventaja á la fuerza física, y que sus adversarios tenían la incalculable ventaja de pelear al lado de la justicia y de la ley. Alucinados con aquellas palabras se encendió en los rebeldes una pasagera llama de valor, y blandiendo las armas rehusaron escuchar á los mensajeros.

Seis de los mas fuertes rebeldes formaron un grupo para defenderse mutuamente y atacar juntos al Adelantado. El cuerpo principal de Porras formó en columna; y desnudando todos las espadas y blandiendo las lanzas, sin esperar á ser acometidos se precipitaron con gritos y amenazas contra el enemigo. Pero se les recibió tan bien que murieron cuatro ó cinco rebeldes al primer encuentro, perteneciendo los mas al grupo destinado á luchar personalmente contra el Adelantado. Este con su propia mano dió muerte á Juan Sanchez, el forzudo piloto que se llevó al cacique Quibian; y también á Juan Barber, el primero que en esta rebelion desnudó la espada contra el Almirante. Estaba el Adelantado combatiendo en lo mas cerrado de la batalla, cuando le acometió Francisco de Porras. El rebelde cortó de un tajo de su espada la rodela del Adelantado, é hirió la mano que la empuñaba; pero se le quedó acuñada la hoja en el escudo, y antes que Porras pudiera sacarla, había cerrado con él el Adelantado, y con ayuda de otros, despues de una larga lucha, pudo hacerlo prisionero.

Cuando vieron los rebeldes cautivo á su gefe, huyeron desfavoridos.

Los indios se habían formado en batalla mirando con asombro la pelea entre los blancos, pero sin tomar parte en ella. Acabada la accion se acercaron al campo á ver los cadáveres de aquella gente que una vez habían considerado inmortal. Contemplaban con curiosidad las heridas de las armas cristianas. Entre los insurgentes heridos se hallaba Pedro de Ledesma, el mismo piloto que tan bizarramente fue nadando á Veragua á procurar noticias de la colonia. Era hombre de prodigiosa fuerza muscular, y tenía una voz ronca y profunda. Cuando los indios, que le creían muerto, se hallaban mas descuidados inspeccionando las heridas de que estaba cubierto, exhaló repentinamente un gemido estertoroso con su voz tremenda, que hizo huir aterrados á los salvajes. Habiendo caído en una grieta ó abertura, no le descubrieron los blancos hasta el amanecer del otro día, y pasó todo aquel tiempo sin una gota de agua. El número y la naturaleza de las heridas que tenía, parece increíble. Por falta de recursos se trataron aquellas heridas con la mayor aspereza; sin embargo, gracias á su constitucion vigorosísima, sanó completamente. Las-Casas le habló algunos años despues en Sevilla, donde supo por él varios pormenores de este viaje de Colon. Pero pocos dias despues de esta conferencia, oyó decir que había perecido victima del puñal de un asesino.

Despues de su victoria volvió el Adelantado á los buques; donde le recibió el Almirante del modo mas afectuoso, tratándolo como á su libertador. Condujo presos á Porras, y varios de sus compañeros. De su gente solo había dos heridos; él mismo en la mano, y el mayordomo del Almirante que recibió una herida de lanza, al parecer insignificante, y no obstante murió de ella.

Al otro día, 20 de mayo, enviaron los fugitivos un memorial al Almirante, firmado por todos ellos; en el cual, dice Las-Casas, confesaban sus crímenes, mal-

dades y dañadas intenciones, suplicando al Almirante tuviese misericordia, y les perdonase, aquella rebelion, por la cual Dios ya los había castigado. Ofrecieron volver á su obediencia, y servirle fielmente en lo futuro, jurando cumplirlo así sobre la cruz y el misal, y acompañando una imprecacion digna de recuerdo. «Deseaban en caso de quebrantar el juramento, que ni sacerdote ni otro cristiano alguno pudiese confesarlos; que no les fuese provechoso el arrepintimiento; que se les privase de los santos sacramentos de la Iglesia; que á la hora de la muerte no recibiesen el beneficio de indulgencias ni de bulas; que se arrojasen al campo sus cuerpos como los de los renegados, en vez de enterrarlos en tierras benditas, y que no recibiesen absolucion del papa, cardenales, arzobispos, obispos ni otros sacerdotes cristianos.» El valor de la palabra de un hombre puede deducirse de los medios que usa para apoyarla.

Vió el Almirante cuán quebrantado estaba el ánimo de aquellos ilusos y con su acostumbrada magnanimidad accedió á sus súplicas, y perdonó sus ofensas; pero con condicion que el cabecilla Francisco de Porras continuaria preso.

Como era difícil mantener tanta gente á bordo de los buques, y como podian suscitarse riñas entre hombres que tan recientemente habían combatido unos contra otros, puso Colon á los arrependidos compañeros de Porras, á las órdenes de un hombre fiel y discreto; y entregándole una cantidad de artículos europeos para que comprase comestibles de los indios, le mandó que se mantuviese por la isla, hasta el arribo de los esperados buques.

Al fin, despues de mas de un año de esperanzas y desengaños; disiparon las dudas de los españoles dos bajeles que entraron en el puerto. Uno venia alquilado y bien provisto, á expensas del Almirante, por el fiel é infatigable Diego Mendez; el otro le había armado Ovando y puéstolo á las órdenes de Diego de Salcedo, el agente de Colon.

La negligencia de Ovando en socorrer á Colon parece que encendió la indignacion pública de tal modo, que se llegó á censurar su conducta en los pulpitos. Así lo afirma Las-Casas, que estaba á la sazón en Santo Domingo. Si el gobernador había en efecto esperado que durante la dilacion del socorro pereciera Colon en la isla, los informes que trajo Escobar debieron desengañarle completamente. No podia, pues, perder tiempo si deseaba reclamar algun mérito en su rescate, ó evitar la vergüenza de haberle totalmente abandonado. Así, hizo todos sus esfuerzos á la última hora, y mandó una carabela con el bajel que enviaba Diego Mendez. Este, habiendo cumplido fielmente aquella parte, de su mision, y visto partir los bajeles, regresó á España para otros negocios del Almirante.

#### LIBRO XI.

##### CAPITULO PRIMERO.

##### ADMINISTRACION DE OVANDO EN ESPAÑOLA.—OPRESION DE LOS INDIOS. (1503)

ANTES de hablar de la vuelta de Colon á Española, debe hacerse una reseña de algunos de los principales sucesos ocurridos durante la administracion de Ovando. Una turba de aventureros de varias clases llenó su flota. Ansiosos especuladores, visionarios crédulos, y caballeros sin fortuna, esperaban enriquecerse repentinamente en una isla en que se cogia el oro en la superficie de la tierra, ó en los arroyos de las montañas. Apenas habían desembarcado, dice Las-Casas, que iba en la expedicion, cuando todos se di-

rigieron á las minas, distantes unas ocho leguas. Hormigueaban los caminos con aventureros de todas clases. Cada cual llevaba su galleta ó harina, y sus instrumentos de minería al hombro. Los hidalgos, desprovistos de criados que les llevasen sus efectos se los ponían á la espalda, y era feliz el que tenía caballo en que hacer el viaje, para acarrear mas tesoros á Santo Domingo. Salieron animadísimo los aventureros, ansioso cada uno de llegar el primero á la tierra dorada, pensando que no había mas que llegar á las minas y coger riquezas. «porque imaginaban, dice Las-Casas, que el oro se juntaba tan fácil y prontamente, como se coge la fruta de los árboles.» A su arribo, empero, descubrieron, que era preciso penetrar cavando hasta las entrañas de la tierra; que requería experiencia y sagacidad el hallazgo de las venas minerales; y que por último, las operaciones todas de la explotación, sobre ser fatigosas eran inútiles si se carecía de constancia y experiencia. Cavaron vigorosamente por algun tiempo, pero no hallaron oro. Vino el hambre, arrojaron sus herramientas, comieron y volvieron á la faena. Todo en vano. «El trabajo, dice Las-Casas, les daba buen apetito y pronta digestión, pero no oro.» Pronto consumieron sus provisiones, perdieron la paciencia, maldijeron su credulidad, y al cabo de ocho dias se volvieron tristemente por los caminos que poco antes habían pasado tan gozosos. Llegaron á Santo Domingo sin una onza de oro, hambrientos, abatidos y desesperados. Así sucede con frecuencia á los inexpertos que emprenden la explotación de minas, que es de todas las especulaciones la mas seductora y falaz.

Pronto se apoderó la pobreza de aquellos tisonos. Consumieron la poca propiedad que habían traído de España. Muchos padecían la hambre que cambiaban por pan sus ropas. Otros se relacionaron con los antiguos colonos de la isla. Las miserias del ánimo aumentaron, como de ordinario, los sufrimientos del cuerpo. Algunos se debilitaron y murieron de pesadumbre; otros devorados de fiebres, de modo que en poco tiempo perecieron mas de mil hombres.

Ovando tenía fama de muy sagaz y prudente; y en efecto, tomó acertadas medidas para la regulación de la isla, y el alivio de los colonos. Dió providencias para distribuir las personas casadas y familias que habían venido en la escuadra, en cuatro ciudades del interior, concediéndoles importantes privilegios. Revivió el celo por la explotación de minas, reduciendo la contribucion real de la mitad del producto á la tercera parte, y poco despues á la quinta; pero permitió á los españoles que se aprovechasen para ello, del modo mas opresor, del trabajo de los naturales. Uno de los principales cargos que se hacían á Colon, era el de haber tratado con severidad á los indios. Es propio, por lo tanto, examinar la conducta de su sucesor, hombre escogido por su prudencia y supuestamente don de gobernar. Podrá tenerse presente, que cuando Colon se vió de cierto modo obligado á dar tierras á los rebeldes compañeros de Roldan en 1499, había hecho el convenio de que los caciques de las cercanías le diesen, en vez de tributo, algunos indios que les ayudasen á cultivar sus nuevos estados. Este, como queda dicho, fue el principio del desastroso sistema de los repartimientos, ó distribución de los indios. En el gobierno de Bobadilla se obligó á los caciques á dar á cada español cierto número de indios, para que trabajasen en las minas, donde se les trataba como bestias de carga. Numeró los indios, para que no hubiese exacciones, los redujo á clases, y los repartió entre los españoles. Ya se ha hablado de la enorme opresion que ocasionó esta medida. Se indignó al oír la reina, y cuando fué Ovando de sucesor de Bobadilla, en 1502, declaró libres á los naturales. Inmediatamente rehusaron estos trabajar en las minas.

Ovando espuso á los soberanos, en 1503, las rui-

nosas consecuencias que tendría en la colonia la entera libertad concedida á los indios. Manifestó que no podía juntarse el tributo, por ser los naturales perezosos é impróvidos, y que huyendo de los españoles no se instruían en la fé cristiana.

Esta última razon tuvo mucha influencia con Isabel, y produjo una carta de los soberanos á Ovando en 1503, en que se le mandaba que no perdonase medio de inspirar á los indios el amor de los españoles y de la religion católica. Que los hiciese trabajar con moderacion, si era absolutamente necesario para su propio bien; pero que templase la autoridad con la persuasion y la vevolencia. Que se les pagase regular y justamente por su trabajo, instruyéndolos ademas en ciertos dias en la doctrina cristiana.

Ovando usó con la mayor estension de las facultades que por esta carta se le concedían. Asignó á cada español cierto número de indios, segun la calidad del que los pedía, la naturaleza de la peticion ó su inclinacion propia. Se hacían estas concesiones en forma de una orden á los caciques, para que entregasen tantos indios á tal persona que debía pagarles é instruirlos en la fé cristiana. La paga era tan corta, que casi se podía decir nominal; la instruccion se reducía á poco mas que la mera ceremonia del bautismo, y el término del trabajo fue al principio de seis, despues de ocho meses al año. So capa de estas faenas pagadas y establecidas para bien del alma y del cuerpo, se les exigía mas trabajo, y se les trataba con mas crueldad que en los peores dias de Bobadilla. Se les conducía con frecuencia á muchas leguas de distancia de sus mujeres é hijos, donde quedaban sujetos á insufrible trabajo de todas especies, forzándolos á él con la inhumana pena de los azotes. Tenían por alimento el pan de casaba, nutricion insustancial para tanta fatiga; á veces una corta racion de puerco se distribuía entre todos ellos, tocando apenas un bocado á cada uno. Cuando los españoles que intervenían en el trabajo de las minas estaban comiendo, dice Las-Casas, los famélicos indios se arrastraban debajo de las mesas, como perros para coger las migajas y huesos que caían. Despues de roerlos y chuparlos hasta mas no poder, los molían entre dos piedras, y mezclaban el polvo con su pan de casaba para que nada se perdiese detan exquisito bocado. Los que trabajaban en el campo, jamas probaban pescado ni carne, siendo su único alimento un poco de pan de casaba y algunas raíces. Y sin embargo, los españoles exigían de ellos trabajo bastante para quebrantar al hombre mas vigoroso. Si los indios huían, se les cazaba como bestias feroces, se les azotaba del modo mas inhumano, y se les cargaba de cadenas para que no volbiesen á evadirse. Muchos perecían antes que el término de la labor se cumpliera. A los que quedaban vivos, despues de seis ó ocho meses de esta mísera existencia, se les permitía volver á sus casas hasta el principio del término siguiente. Pero sus casas distaban á menudo cuarenta, sesenta ó ochenta leguas, y no tenían para sustentarse por el camino mas que algunas raíces, pimientos ó pan de casaba. Muchos carecían de fuerza para hacer el viaje, y se sentaban y morían en el camino, algunos al lado de un arroyo, otros á la sombra de un árbol á que se habían arrimado para guarecerse del sol. «He encontrado á muchos muertos por el camino, dice Las-Casas, á otros jadeando bajo los árboles, y otros en las agonías de la muerte, gritando con voz moribunda ¡hambre! ¡hambre!» Los que llegaban á sus casas, las hallaban comunmente desiertas. En los ocho meses de ausencia, sus mujeres é hijos habían perecido ó se habían estraviado; los campos con que habían contado para alimentarse, los hallaban cubiertos de abrojos, y no les quedaba mas auxilio que postrarse en tierra desfallecidos y desesperados, y morir á los umbrales de sus habitaciones.

Es imposible seguir sin horror la descripción que hace Las-Casas, no de lo que había oído, sino de lo que él mismo había visto. Baste decir que tan atroces fueron las fatigas y padecimientos impuestos á aquella raza débil é inofensiva, que desapareció de la faz de la tierra. Muchos se suicidaron en la desesperacion; las madres vencían el poderoso instinto de la naturaleza, y ahogaban á los niños de pecho para librarlos de vida tan amarga. Doce años habían transcurrido desde el descubrimiento de la isla, y miles de miles de sus naturales habían ya perecido victimas miserables de la avaricia de los blancos.

## CAPITULO II.

SANGRIENTOS DESTROZOS EN JARAGUA.—DESTINO DE ANACAONA.  
(1503.)

Se han manifestado con brevedad los sufrimientos de los indios bajo la política de Ovando: nos falta pintar concisamente las operaciones militares de este gefe, cuya prudencia loarou tanto algunos de los primitivos historiadores. Trataremos primero de los desastres de la bella provincia de Jaragua, sede de la hospitalidad, refugio de los necesitados españoles, y del destino de la cacique Anacaona, un tiempo orgullo de la isla y generosa amiga de los blancos.

Muerto Behechio, el antiguo cacique de esta provincia, le sucedió en el gobierno su hermana Anacaona. Las simpatías que esta gobernadora había mostrado por los españoles, se habían disminuido mucho por la miseria general que habían producido en su país, y por el brutal libertinaje de los compañeros de Roldan. El triste desenlace de los amores de su bella hija Higuenamota con el joven Hernando de Guevara le había tambien causado mucha afliccion; y finalmente, los padecimientos que tuvieron que arrostrar sus súbditos por los atroces sistemas que establecieron Bobadilla y Ovando, habían al fin convertido su amistad en completa aversion.

Este disgusto se sostenía y agravaba por los españoles que vivían en su inmediata vecindad, y que habían obtenido en ella tierras; resto de la faccion rebelde de Roldan, que conservaba la escandalosa licencia á que se había entregado bajo la relajada autoridad del cabecilla; gente que se hacia odiosa á los caciques inferiores, exigiendo servicios tiránica y caprichosamente por la autorizacion de los repartimientos.

Los indios de esta provincia eran mas inteligentes, civilizados y generosos de espíritu que los demas de la isla. Eran por lo mismo mas susceptibles de sentir y resistir el insultante trato á que estaban sujetos. Acontecían querrelas entre los caciques y sus opresores. Inmediatamente se daba al gobernador parte de ellas, calificándolas de peligrosos motines; y la menor resistencia á cualquier estorsion despótica se traducía por oposicion á la autoridad del gobierno. Continuamente llegaban á Ovando quejas de esta especie, hasta que le persuadió algun alarmista ó mal intencionado intrigante, de que los indios tenían formada una conspiracion tremenda para levantarse contra los españoles.

Salió Ovando sin demora para Jaragua, á la cabeza de trescientos infantes armados de espadas, arcabuces y ballestas, y de setenta ginetes con corazas, lanzas y escudos. Pretendía ir solo á hacer una visita amistosa á Anacaona, y á concertar con ella ciertas medidas sobre el pago del tributo.

Cuando supo Anacaona la próxima visita, mandó juntar en la principal ciudad de sus estados á todos los caciques inferiores y principales súbditos para recibir al gefe español con la debida distincion y homenaje. Al acercarse Ovando á la cabeza de su pequeño ejército, salió ella á recibirlo segun la costum-

bre de su nacion, seguida de una numerosa comitiva de sus principales gentes de ambos sexos, que como antes se ha dicho eran de notable gracia y belleza. Recibieron á los españoles con sus himnos patrióticos ó populares areitos; las jóvenes ondeando ramos de palma y bailando delante de ellos del modo mismo que pareció tan halagüeno al Adelantado y su tropa, cuando por primera vez visitaron aquella provincia.

Anacaona trató al gobernador con la gracia y dignidad natural que en ella se celebraban. Le dió para su residencia la mejor casa de la poblacion, y acuarteló sus tropas en las casas vecinas. Por muchos dias fueron regalados los españoles con las riquezas naturales quedaba la provincia y se ejecutaban con frecuencia en su obsequio bailes, juegos y cantos nacionales.

A pesar de estos obsequios, estaba persuadido Ovando de que Anacaona meditaba en secreto su muerte y la de sus compañeros. No dicen los historiadores en qué razones fundaba esta opinion. Es demasiado probable que se la hubiesen inspirado los infames aventureros que infestaban aquella provincia. Ovando debiera haber reflexionado antes de obrar Debiera haber considerado la improbabilidad de que acometiesen tal empresa los desnudos indios, contra una fuerza formidable de tropas cubiertas de acero, y armadas á la europea; y debiera en fin, haber tenido presente el carácter bondadoso de Anacaona. El ejemplo repetido de Colon y el Adelantado pudiera haberle hecho conocer, que era suficiente seguridad contra las maquinaciones de los indios apoderarse de sus caciques y retenerlos en rehenes. Pero seguía Ovando mas sanguinaria política, y obraba por sospechas como lo hiciera por conviccion. Determinó anticipar la supuesta conjuracion por un contra-artificio, y sumergir aquel pueblo indefenso en un mar de sangre.

Como los indios habían divertido á sus huéspedes con varios juegos nacionales, los convidó Ovando á su vez á ver los de sus país. Entre otros, había juego de cañas. La caballería española era entonces notable por el diestro manejo y esplendiendo arnés de sus caballos. Entre los soldados que Ovando trajo de España, había un ginete enseñado su caballo á corveteear guardando compas con la música de un violin. La justa debía celebrarse en la tarde de un domingo, en la plaza pública, delante de la casa de Ovando. La caballería y soldados de á pié tenían sus instrucciones secretas. Aquellos no debían combatir con cañas, ni picas despuntadas, sino con armas mas mortíferas; estos vendrían como meros espectadores, pero bien armados y prontos para entrar en accion cuando vieran la señal.

A la hora concertada se llenó la plaza de indios deseados de ver aquel simulacro guerrero. Se juntaron los caciques en la casa de Ovando que daba á la plaza. Ninguno estaba armado; reinaba entre ellos una confianza ciega, incompatible con la negra traicion de que se les acusaba. Para prevenir toda sospecha, y disipar las apariencias de un designio siniestro, se puso Ovando á jugar despues de comer al herron con varios de sus oficiales principales, cuando habiendo llegado á la plaza la caballería, pidieron los caciques al gobernador que mandase empezar la justa. Anacaona y la bella Higuenamota su hija, con otras muchas indias hicieron la misma peticion.

Ovando dejó su juego y se puso en un sitio visible. Cuando todo estuvo dispuesto segun sus órdenes, dió la funesta señal. Dicen algunos, que poniendo la mano en una pieza oro que llevaba suspendida al cuello; otros, que sobre la cruz de Alcántara bordada en el pecho. Una trompeta sonó inmediatamente. La casa en que estaban juntos Anacaona y los principales caciques, fue rodeada por la soldadesca que

Diego Velazquez y Rodrigo Mejiatrillo mandaban, y no se permitió escapar ninguno. Entraron las tropas, y apoderándose de ellos, los amarraron á los postes que sustentaban el techo; á Anacaona se la llevaron prisionera. Se dieron despues á los desventurados caciques horribles tormentos, hasta que algunos en la extremidad de la angustia, se vieron forzados á acusarse á sí mismos y á su reina de haber entrado en la supuesta conspiracion. Acabada esta cruel mofa de las formas judiciales, en vez de pasar á nuevo examen, se pegó fuego á la casa, y todos los caciques perecieron miseramente en las llamas.

Mientras los caudillos perecian víctimas de semejante barbarie, era la plaza teatro de escenas aun mas horribles. A la señal de Ovando se precipitaron los ginetes por entre la indefensa y desnuda muchedumbre, atropellando á la gente con los caballos, hiriéndola con las espadas, y traspasándola con las lanzas. No hubo misericordia para edad ni sexo; todo fue carnicería. Alguna vez un caballero, ó por piedad, ó á impulso de la avaricia, queria salvar en sus brazos á un niño, pero las lanzas de sus compañeros le despedazaban ferozmente al punto mismo. La humanidad se desvia con horror de semejantes atrocidades, y queria desmentir la historia; pero están prolijamente descritas por el venerable obispo Las-Casas, residente á la sazón en la isla, y relacionado con los actores principales de esta tragedia. Pudo haber recargado fuertemente la pintura en su indignacion habitual, cuando se trataba de las injurias hechas á los



Indios huyendo de los españoles á los bosques.

indios; pero por la coincidencia de diversos relatos, y por muchos casos que hablan por ellos mismos, la escena debió haber sido sangrienta y atroz. Oviedo,

alto panegirista de la justicia, devocion, caridad y afabilidad de Ovando, y de su bondadoso trato de los indios, y que visitó la provincia algunos años despues,



Casa de un indio principal.

recuerda varias de las anteriores circunstancias, especialmente el juego del herron en que con tanta sangre fria estaba el gobernador divirtiéndose al ir á comenzar tan tremendo acto; y la quema de los caciques, que dice fueron mas de cuarenta. Diego Mendez, que estaba entonces en Jaragua, y sin duda se hallaria presente en ocasion tan importante, dice incidentalmente en su última voluntad y testamento, que hubo ochenta y cuatro caciques quemados ó ahorcados. Las-Casas recuerda que entraron en la casa ochenta caciques con Anacaona. El destrozo de la multitud debió ser grande, y se comió contra una muchedumbre desarmada é indefensa. Varios que escaparon, huyeron en sus canoas á una isla llamada Guanabo, á unas ocho leguas de distancia. Se les persiguió aprisionó y condenó á la esclavitud.

La princesa Anacaona fue conducida á Santo Domingo cargada de cadenas. Se les concedió la apariencia de un proceso criminal, en que salió inculpada por las declaraciones que el tormento arrancó á sus súbditos, y por el testimonio de sus verdugos, y fue ahorcada ignominiosamente en presencia del pueblo, á quien tanto y por tanto tiempo habia protegido. Oviedo ha tratado de manchar el carácter de esta desventurada princesa, acusándola de disoluta: pero tenia por costumbre acriminar el carácter de los principes indios que perecian víctimas de la ingratitud é injusticia de sus compatriotas. Los escritores contemporáneos de mayor autoridad concurren en pintar á Anacaona como notable por su dignidad y carácter. La adoraban sus súbditos tanto, que ejercia sobre ellos una especie de dominio aun en los dias de su hermano: se dice, que era hábil en la composicion de los areitos ó romances históricos de su nacion; y pudo haber contribuido mucho á aquel grado de superior refinamiento notable entre su gente. Su gracia y belleza le habia dado nombradía por toda la isla, y excitado la admiracion del español como del salvaje. Su espíritu magnánimo se manifestó en el amistoso trato que tuvo con los blancos; y aunque su marido, el bravo Caonabo, habia perecido prisionero entre ellos, tuvo en su poder muchas partidas de españoles indefensos, que vivian seguros en sus dominios. Despues de haber descuidado por mu-

chos años las frecuentes y seguras ocasiones de venganza que se le presentaban, cayó víctima del absurdo cargo de haber conspirado contra una fuerza armada de cerca de cuatrocientos hombres, y entre ellos setenta caballos, capaces de haber subyugado grandes ejércitos de desnudos indios.

Despues de la carnicería de Jaragua continuó aun la destruccion de sus habitantes. El sobrino favorito de Anacaona, el cacique Guaora, que habia huido á las montañas, fue cazado como una fiera, y acabó tambien en la horca. Por seis meses continuaron los españoles devastando el pais á pié y á caballo, bajo pretexto de apagar las sediciones; porque donde quiera que los espantados indios se refugiaban en su desesperacion, juntándose en tristes cavernas ó en lo mas enriscado de las montañas, se decia que estaban reuniéndose armados para fomentar la rebelion. Habiéndolos al fin sacado de su retiro, destruido á muchos, y reducido los vivos á la miseria mas deplorable, y á la sumision mas baja, se consideró toda aquella parte de la isla restablecida al buen orden; y en conmemoracion de este grande triunfo fundó Ovando una ciudad cerca del lago, á que puso Santa Maria de la verdadera paz.

Tal es la historia trágica de la deliciosa region de Jaragua, y de sus amables y hospitalarios habitantes; lugar en que los europeos, segun sus propias pinturas, hallaron un perfecto paraíso, pero que por sus viles pasiones llenaron de horror y desolacion.

## CAPITULO III.

## GUERRA CONTRA LOS NATURALES DE HIGUEY.

(1504.)

Se ha relatado la subyugacion de cuatro de las soberanías de Española, y el desastroso fin de sus caciques. Bajo la administracion de Ovando se sometió tambien Higüey, el último de estos independientes distritos.

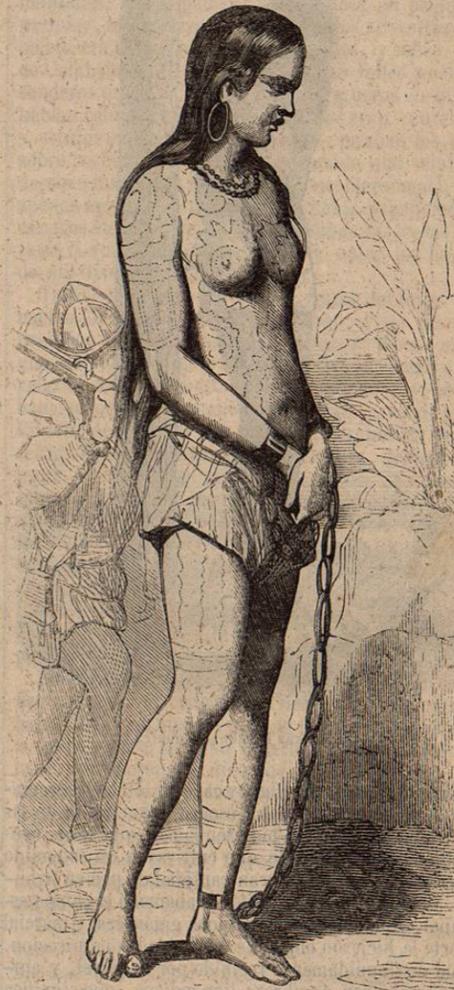
La gente de Higüey era de espíritu mas guerrero que la de las otras provincias, habiendo aprendido á usar sus armas en frecuentes guerras con los invasores caribes. Los regia un cacique llamado Cotabanamá. Las-Casas describe á este caudillo por observacion personal, y le representa como verdadero héroe indio. Era, dice, el mas fuerte de su tribu, y de mas perfectas formas que un hombre entre mil de cualquier nacion. Mas alto de estatura que el mas alto de sus paisanos, de una vara de espalda de hombro á hombro, y el resto de su cuerpo de admirable simetria. Su rostro no era hermoso, sino grave y osado. No podia un hombre comun doblar fácilmente su arco; las flechas tenian tres puntas de espina de pescado; y todas sus armas parecian destinadas para uso de un gigante. En una palabra, tenia tan colosales proporciones, que era la admiracion hasta de los españoles mismos.

Mientras estaba Colon empeñado en el cuarto viaje, y poco despues de entrar Ovando en el gobierno, se insurreccionó este cacique con su gente. Sorprendieron á una chalupa con ocho españoles en la pequeña isla de Saona, adyacente á Higüey, y dieron muerte á toda la tripulacion, para vengar á un cacique, despedazado sin provocacion alguna por un perro que un español soltó contra él, y por lo cual los naturales habian pedido en vano justicia.

Ovando despachó sin tardanza á Juan Esquivel, oficial bizarro, á la cabeza de cuatrocientos hombres, para apagar la insurreccion, y castigar el asesinato de los marineros. Cotabanamá juntó sus soldados, y se preparó para una vigorosa resistencia. Desconfiando de la misericordia de los españoles, rehusó escuchar los ofrecimientos de paz, y combatió con alguna ventaja de los naturales. Los indios habian ya vencido su creencia supersticiosa de ser los blancos entes sobrenaturales, y aunque no podian resistir la superioridad

TOMO I.

de las armas europeas, manifestaban un valor y destreza que los hacia enemigos no despreciables. Las-Casas y otros historiadores relatan un audaz y romántico encuentro entre un solo indio y dos caballeros montados. Valtenebro y Portovedra, en que el indio, aunque atravesado por las lanzas y espadas de ambos enemigos, retuvo su fiereza y continuó el combate, hasta caer muerto despues de haberles quitado las armas. Esta noble accion, dice Las-Casas, era pública y notoria.



Prision de la reina Anacaona.

Los indios quedaron pronto derrotados, y huyeron á las montañas. Los persiguieron los españoles á sus mas recónditas guaridas, descubrieron sus mujeres é hijos, y en ellos tomaron señalada venganza, entregando á las llamas los caudillos. Una anciana cacique, muy distinguida, llamada Higuanama, fue hecha prisionera y ahorcada.

Pasaron despues tropas á la isla de Saona en una carabela, para vengar la destruccion de la chalupa y su gente. Los naturales hicieron una salida desesperada, y huyeron luego. Era la isla montañosa, y estaba llena de cavernas, en que los indios buscaban refugio. Se aprisionaron seiscientos ó mas, y fueron

9